

EL RUIDO DE LAS COSAS AL CAER O LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA ERA

PRISCILLA GAC-ARTIGAS¹

En “El discurso de la historia”, Roland Barthes describía su visión del historiador: no tanto un recolector de hechos en sí, como un recolector y relator de signos, cuyo rol es organizar estos últimos para establecer puentes de significado capaces de llenar el vacío surgido de la simple elaboración de listas (Barthes 16). La novela de Juan Gabriel Vásquez *El ruido de las cosas al caer* nos introduce a este tipo de historiador, encarnado en el narrador, Antonio Yammara, para reconstruir la urdimbre del tejido social de una era reciente en la historia de Colombia y más allá, de Latinoamérica y del hemisferio occidental. Era donde los sueños y la lucha por un mundo más justo colapsaron frente a una violencia irracional perpetrada por actores, tanto individuales como colectivos, cuyos nombres “se escriben con mayúscula: el Estado, el Cartel, el Ejército, el Frente” (Vásquez 18). Detrás, se gestaba el advenimiento de una nueva economía: la economía de mercado, y un nuevo siglo. En tanto “recreador” de esta era, Vásquez se cuestiona, y nos cuestiona, sobre la actitud a asumir frente a las consecuencias de esta violencia disparatada de la que todos fuimos o víctimas o victimarios, bien fuera fortuita o delibera-

¹ Catedrática de literatura latinoamericana en la Universidad de Monmouth, Nueva Jersey. Colaboradora ANLE. Editora de *Reflexiones, ensayos sobre escritoras hispanoamericanas contemporáneas* (Madrid, Sánchez & Sierra Editores, 2006). Autora, entre otros, de *Hoja de ruta, cultura y civilización de Latinoamérica* (Nueva Jersey, Academic Press ENE, 6ta. Ed. 2012) y de numerosos ensayos críticos sobre autores latinoamericanos contemporáneos. (pgacarti@monmouth.edu).

damente, como en la articulación de opuestos que se confunden en el juego del billar. En un golpe a tres bandas, el narrador se adentra en su vida, en la vida de sus personajes, en la larga historia de violencia compartida por la humanidad “como quien vuelve a casa para cerrar una puerta que se había quedado abierta por descuido” (15), para intentar explicarse y explicarnos el pasado de un país, “con plena conciencia de que esta historia, como se advierte en los cuentos infantiles, ya ha sucedido antes y volverá a suceder” (15).

Nuestro estudio se enfocará en mostrar cómo Vásquez reconstruye veinte años de la historia de Colombia sirviéndose, para armar el andamiaje de su obra, no del documento o la cronología histórica, sino de la remisión a ejemplos literarios que traspasando tiempo, espacio y género, conservan un denominador común: reflejar la vorágine de violencia íntima y social en un país, en un momento determinado. Para crear sus personajes se asoma a *La Ilíada*, a *Hamlet*, a *El principito*, a *Vuelo nocturno*, a *Cien años de soledad*, y para reconstruir la atmósfera epocal pasea por una profusión de referencias culturales, musicales, literarias, así como por referentes legales anclados en la ficción (*La Ilíada*, *Hamlet*, *El mercader de Venecia*). El elemento innovador es la articulación de la historia mediante las reglas del juego de billar, alegoría de la sociedad, donde la causalidad y la precisión del frío cálculo matemático conviven con lo impredecible de la conducta humana.

Introducción

En 1967, tras el fusilamiento del Che Guevara en Bolivia, perpetrado por los agentes de otro tipo de violencia que marcó la era, el cantautor cubano Sylvio Rodríguez declaraba que la era estaba pariendo un corazón; en *El ruido de las cosas al caer* Juan Gabriel Vásquez nos provee los elementos para estructurar y aprehender ese parto. ¿Cómo, si no, podríamos conectar acontecimientos históricos, en apariencia tan dispares, que marcaron las décadas de los sesenta a los noventa en el hemisferio occidental como el triunfo de la Revolución cubana en 1959, el establecimiento de los Cuerpos de Paz por el gobierno de John F. Kennedy en 1961, la Guerra de Vietnam (1965-1975), el lanzamiento oficial de la guerra antidroga por el presidente norteamericano Richard Nixon en 1971; el asesinato de Rodrigo Lara

Bonilla, ministro de Justicia colombiano, perseguidor acérrimo del narcotraficante Pablo Escobar en 1984; la toma del Palacio de Justicia por el movimiento guerrillero M-19 financiado por el Cartel de Medellín en 1985; el asesinato de Luis Carlos Galán en 1989, la muerte de Pablo Escobar en 1993?

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el eco de los ideales de revolución social que podríamos remontar a la Revolución mexicana de 1910, comenzó a acentuarse en el continente latinoamericano. De ello fueron ejemplos la Revolución cubana, los diversos movimientos de guerrilla surgidos en Perú, Bolivia, Colombia, Uruguay, Argentina, el triunfo de la Unidad Popular en Chile con Salvador Allende a la cabeza y la Revolución sandinista en Nicaragua. A estos vientos de cambio al sur del continente americano, los Estados Unidos respondieron con programas sociales, educativos y económicos que intentaban promover el progreso, la paz y la amistad entre los pueblos, pero cuyo objetivo concreto, el tiempo lo evidenció, era luchar por detener el llamado “espectro bolchevique” y expandir el sistema democrático norteamericano. En esta época, la cultura comprometida con el cambio floreció tanto en Latinoamérica como en los Estados Unidos, donde la juventud compartió el idealismo socio-político, el rechazo contra toda autoridad y el espíritu de experimentación que caracterizaron la época. Las masas desertaron las filas del servicio militar obligatorio, y su inserción en una sociedad que no respondía a sus ideales de justicia y equidad, y muchos de ellos –cautivados por un discurso que los llamaba al servicio: “*ask not what your country can do for you, ask what you can do for your country*”– acudieron al llamado de un presidente joven, John F. Kennedy, y se sumaron a las huestes de embajadores de cooperación y amistad de los recién establecidos Cuerpos de Paz. La efervescencia del activismo político y social, entrelazado con el relajamiento de las normas morales alcanzó su paroxismo en el movimiento *hippie*, caracterizado por el rechazo a las instituciones, la crítica a los valores materialistas de la clase media, la búsqueda de un significado de la vida en las filosofías orientales, la oposición a la Guerra de Vietnam, la defensa de la liberación sexual, el reclamo de paz y libertad individual –sintetizado en el slogan de “paz y amor”–, la abierta experimentación con las drogas en aras del desarrollo de otros estados de conciencia y creatividad, expresados en la música y las artes. La expansión del uso de drogas, en particular la marihuana y la cocaína, y su consecuente prohibición y

penalización, dieron paso a otra guerra, que completó el panorama de la era para las generaciones que la vivieron. Esta mirada de mundos, acontecimientos y protagonistas van chocando y rebotando como las bolas en el juego de billar, encarnados en los personajes de *El ruido de las cosas al caer*.

La novela representa una metáfora de la época anclada en suelo colombiano, donde entre 1961 y 1981 (10 años antes y diez después del nacimiento de dos de los personajes) más de 4.600 jóvenes estadounidenses se instalaron en Colombia como voluntarios de los Cuerpos de Paz, dejando atrás el escenario de la guerra, con la convicción de que venían a cumplir la misión que daría sentido a sus vidas, a “dejar su huella,” a “poner su granito de arena” (138) en un país joven donde, como en Macondo, todo estaba por construirse. Un país que buscaba cicatrizar años de violencia política para mirar hacia el futuro, donde los sueños de justicia social, por un lado, y de desarrollo económico por otro, se fueron enredando con la realidad de un producto rentable, de fácil producción y con un mercado que ya estaba listo para recibirlo. Se reabrieron así las heridas del pasado que se había intentado sanar. Veamos cómo entreteje Vásquez los hilos de la narración y del juego de billar para crear a sus personajes, e insuflándoles vida más allá de la era en que les tocó existir, proyectarlos hacia el futuro.

Los personajes

Elaine Fritts, Ricardo Laverde, Mike Barbier: los Cuerpos de Paz y el negocio de las drogas: utopía y realidad

En 1969, ocho años después de establecidos los Cuerpos de Paz, Elaine Fritts llegaba a suelo colombiano: “Hay mucho trabajo por hacer. Todo va a salir de maravilla” (139) fueron las primeras noticias enviadas por Elaine, desde Bogotá, a sus abuelos en Miami. Como parte del entrenamiento, pasó doce semanas estudiando español en el CEUCA (Centro de Estudios Universitarios Colombo Americano) junto a compañeros norteamericanos, todos estudiantes universitarios en sus veinte “escapados” de su país, cansados de Vietnam, de Cuba, de Santo Domingo, de los atropellos a los derechos civiles por parte del Gobierno o la policía, “de comenzar las mañanas

desprevenidamente, hablando de banalidades con los padres o con los amigos, y acostarse por las noches sabiendo que acababan de asistir a un día único y lamentable, un día que quedaba inscrito de inmediato en la historia universal de la infamia” (141). Y la pregunta que resonaba en la cabeza de Elaine Fritts: “¿cuándo les había sucedido esto a los Estados Unidos de América?” (141) se hizo eco en ese ejército de paz del que formaba parte.

La imagen de esta generación de estadounidenses jóvenes e idealistas que, en busca de una misión que diera significado a sus vidas aspiraban provocar un impacto positivo en la vida de los menos afortunados, intentando al mismo tiempo desligarse de la representación de Estados Unidos como país invasor, se hace evidente en la descripción del narrador sobre las actividades de Elaine Fritts y las reflexiones que este le atribuye al personaje. La otra faz de esta imagen la proveen los detalles que Elaine se cuida de no mencionar en sus cartas sobre sus compañeros de grupo: tres californianos, “muy buenos construyendo casas y estableciendo relaciones con los líderes de las juntas locales, pero también expertos en conseguir marihuana de buena calidad y a buen precio” (147). Estaban también los que Elaine llamaba veteranos de los Cuerpos de Paz que no habían regresado a la patria y se establecían en Latinoamérica. Los que se quedaron en Colombia se encargaban de enseñarles a los recién llegados las frases en español necesarias para que pudieran realizar su trabajo, más allá de las relacionadas con el bienestar de la salud o la importancia de la higiene: “*No vengo de Alianza para el progreso. No soy agente de la CIA y, sobre todo, No tengo dólares, qué pena con usted*” (142-42), frases que nos sitúan de entrada en la realidad político-social del momento.

¿Cómo y cuándo se intersecan los destinos de esta generación estadounidense con su contraparte, la generación colombiana de la época? Cuando por lo que Elaine llamó “un golpe de suerte” (143), una veterana de los Cuerpos que acababa de irse al monte a hacer la revolución dejó libre la habitación que ocupaba en casa de los Laverde (“una buena familia venida a menos”) y esta le fue ofrecida a ella. “*Ahí comenzó todo,*” (145) recordaría mucho tiempo después, cuando se mudó a la casa de los Laverde en la avenida Caracas. El hijo de la familia, Ricardo, dos años menor, había abandonado los estudios de Economía porque su sueño era pilotear aviones como su abuelo y soñaba con un futuro donde no habría “que pedir plata prestada” para llegar a fin de mes (149).

Los lazos se estrecharon cuando una tarde, por una casualidad creada por Ricardo igual que las carambolas que ejecutaría de adulto en el billar, se encontraron después de haber pasado toda la mañana gritando consignas frente a la embajada de los Estados Unidos en reclamo del fin de la Guerra de Vietnam y llamando asesino al presidente Richard Nixon. Ahí Ricardo le confió su pasado de nieto de héroe de la aviación cuyo objetivo final en la vida era dejar de contar centavos como hacía su mamá cada mañana, “no tener que ponerle una cama a un gringo” para poder darle de comer a su familia y “salir de esta vida mediocre” de manera rápida y haciendo lo que lo apasionaba: volar (156).

Así se unen los destinos –tan dispares como los que separaban a Ofelia de Hamlet– de Elaine Fritts (Elena, como la de Troya, para los colombianos), para quien el deber de la juventud, “como arma de progreso” (153) de la sociedad era “enfrentarse a los poderes terrenales” (153) en un país, “comenzando, apenas descubriendo su lugar en el mundo” (157) y Ricardo Laverde, nieto de héroe y piloto experto él mismo, cuyos sueños se verán enredados en la actividad que comenzaba a crecer y a expandirse en Sur América: el negocio de las drogas. Su unión tipifica la de quienes fueron actores claves del maelstrom que atravesó la época y muestra cómo el idealismo de unos se fue corrompiendo gradualmente, envuelto en los cantos de sirena y cómo la falta de acción, el “haberse convertido ahora en lo mismo que, como voluntaria de los Cuerpos de Paz, había combatido hasta el cansancio” (199), los llevó a ser cómplices de lo que sucedía.

El eslabón que unirá a Elaine y a Valverde con su destino será Mike Barbieri, un *drop-out* de la Universidad de Chicago, veterano de los Cuerpos de Paz quien ya había servido en México y en Nicaragua y estaba establecido en Colombia, quien tenía en común con Ricardo un pariente piloto: su padre, piloto de correo como Fabien en *Vuelo nocturno* de Antoine de Saint-Exupéry. Así, entonando con una guitarra la irónica canción de Frank Zappa: *What's there to live for! Who needs the Peace Corps?* y pasándose un *joint*, Mike (quien gracias a la intervención de Carlos, campesino miembro de acción comunal y de otros voluntarios había incursionado en el negocio), le ofreció a Ricardo la ansiada oportunidad que buscaba para salir de la pobreza. Y no solamente a él; en palabras de Ricardo, Barbieri, al enseñarles técnicas agrícolas para el mejor cultivo de las plantas de marihuana, “les había cambiado la vida a estos campesinos, de eso no tenía la menor duda, estaban ganando mejor que nunca y con me-

nos trabajo y todo gracias a la hierba, a lo que estaba pasando con la hierba” (185).

No es gratuito que el personaje de Ricardo sea piloto; ello le permite a Vázquez reafirmar el juego dialéctico de su pintura de la era: por un lado viste al personaje de realidad, por el otro, lo ancla en el ambiente idealista de la época al asociarlo, a través de repetidas alusiones, al piloto de *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry, libro de cabecera de toda una generación, y por extensión, hacerlo reflejo de Fabien, piloto de los comienzos de la aviación comercial, que acepta sin queja los peligros de la profesión que ha elegido y, pese a su pericia, es vencido por fuerzas externas en la novela *Vuelo nocturno* del mismo autor. Al igual que Fabien, Ricardo, recién casado, amante de su mujer y su hija a quienes quiere darles lo mejor, elige un trabajo de riesgos para que otros alcancen la gloria, con la diferencia que Fabien transporta correo y Ricardo droga. Vázquez también viste a su personaje con el sentimiento de Úrsula Iguarán: creerse destinado al heroísmo y la grandeza, la impulsividad de José Arcadio Buendía para incorporar a su familia y a Macondo al mundo de la modernidad y el arribismo de Claudio, rey de Dinamarca. De este modo, el autor crea un personaje complejo, clave representante de una época, donde el amor por la familia, el deseo de grandeza y la ambición chocan a tres bandas como las bolas del billar provocando el fin trágico que conocemos para Ricardo y para su país, es decir, para el individuo y para la colectividad.

Maya Laverde Fritts y Antonio Yammara: la generación heredera de la violencia y atrapada en el miedo

Maya Laverde Fritts y Antonio Yammara, el narrador, representan la generación heredera de la sociedad de violencia donde tantos sueños fueron aniquilados por el ascenso del narcotráfico a un nivel de fuerza económica y política nunca visto, con la sangre y el miedo que dejó suspendido en el aire. Yammara nace en 1970, año en que Laverde entra a ser parte del boom de la exportación de marihuana desde Colombia hacia los Estados Unidos; Maya, un año después, en 1971, cuando el presidente Nixon lanza su campaña de lucha contra las drogas al cerrar la frontera con México. Ambos crecen bajo el clima de tiempos de extrema violencia generada por el narcotráfico y las luchas de los gobiernos colombiano y norteamericano contra el mismo; am-

bos son testigos del surgimiento de los carteles y de la seudofilantropía y la corrupción que permeó de arriba abajo tanto las instituciones regionales como las nacionales y se aceptó como parte del engranaje:

Cuatro días después, cuando le llegó la noticia a Elaine de que la campaña había sido aprobada en tiempo récord, una imagen se figuró en su cabeza: la de Ricardo Laverde metiéndose una mano en el bolsillo, sacando un incentivo para funcionarios públicos y prometiendo más. Hubiera podido confrontar sus sospechas, confrontar a Ricardo y exigirle confesiones, pero decidió no hacerlo. El objetivo, al fin y al cabo, se había conseguido. Los niños, pensar en los niños. Los niños eran lo importante (190).

Presenciaron el endiosamiento de figuras como la de Pablo Escobar y los contradictorios sentimientos que generaban; un mismo sábado de 1984, llevados por los padres de amigos del colegio, ambos visitaron, a escondidas de sus propios padres, el zoológico de dimensión mitológica de Escobar, con la misma curiosidad y estupefacción de Arcadio y Aureliano Buendía cuando su padre los llevó a conocer el hielo, último invento traído por los gitanos a Macondo.

En fin, son hijos de una época cuando el miedo se convirtió en la enfermedad heredada por todos los colombianos, cuando el narcotráfico corrompió no solamente la justicia y la política, sino las actividades públicas y privadas; cuando la violencia explotaba en cualquier esquina del país, de la capital, y se metía tanto en casas particulares como en los hogares de quienes llevaban las riendas de la nación; cuando –en palabras de Maya– “supimos que la Guerra era también contra nosotros” (230); época del paralizante temor que hacía evitar los lugares públicos por “no saber cuándo le va a tocar a uno” (230). Una generación, como se lamenta Yammara, puntuada por lo que la prensa llamaba “magnicidios” (18), “que nació con los aviones, con los vuelos llenos de bolsas y las bolsas de marihuana, la generación que nació con la Guerra contra las Drogas y conoció después las consecuencias” (216-17).

Maya, como personaje, se alimenta de la fuerza, la independencia y el emprendimiento de Úrsula; de la determinación de la esposa de Fabien al querer a toda costa conocer las razones de la muerte de ese padre que había creído muerto desde la edad de cinco años, y de la duda de Hamlet frente al asesinato de ese fantasma que se le vuelve a aparecer veinte años después; ella pasa de la ira y la sed de venganza –“si se aparece por acá, lo recibo a tiros” (246)– a la indiferencia –“[e]so mismo pienso yo: ya qué importa” (253)–. Yammara,

el narrador, por su parte, herido junto a Laverde cuando este fue asesinado, se erige en Horacio para contar lo que sucedió con este hombre, dejando así constancia de las consecuencias que los actos deliberados de ciertos individuos causaron sobre una colectividad.

Como al final de *Cien años de soledad*, Maya y Yammara, dos sobrevivientes de la generación producto de la violencia y el miedo, intentan parchar la documentación que tienen y descifrar la vida de Ricardo para poder así entender su muerte y la refracción de esta en la sociedad que les tocó vivir, y se percatan de que todo ha sido parte de un engranaje causal y casual como las carambolas en el juego de billar y de que dentro de ese marasmo, ellos están, como los habitantes de Macondo, destinados a la soledad: “no sé cuándo comencé a lamentar que no hubiera vida posible entre nosotros, que nuestro pasado común no implicara necesariamente un común futuro” (242).

Aura Rodríguez: fuera de la generación, el lente objetivo

El contrapeso con aquella generación herida se establece a través del personaje de Aura Rodríguez, esposa de Antonio Yammara. Antonio confiesa que se enamora de ella “porque su biografía tenía poco en común con la mía” (34): niñez desarraigada, adolescencia itinerante. Hija de caribeños quienes al no acostumbrarse a la vida de “gente solapada y ladina” (34) como la de Bogotá persiguieron oportunidades de trabajo en otros lugares: Santo Domingo, México, Chile. Regresan a Bogotá en 1994, poco después de la muerte de Escobar, pero al poco tiempo deciden volver a irse, y Aura, ya mayor de edad, en condiciones de entrar a la Universidad, decidió quedarse y estudiar Derecho para “*poder quedarme quieta en un mismo sitio,*” pues “los abogados solo pueden ejercer allí donde han estudiado” (35). Al entablar una relación sentimental con Yammara, Aura recordaría que sus padres habían vivido siempre en su propio mundo, un mundo de complicidades difíciles de entender, del que hasta ella, su propia hija, estaba excluida. Y Aura precisaba de la estabilidad que le había faltado de niña y adolescente, necesitaba una familia, sentirse incluida. Fue quizás esa necesidad, o los gustos compartidos por las películas de cinearte, o los intereses comunes por el Derecho, lo que la acercó a Yammara.

Yammara, por su parte, sentía que Aura, “aquella mujer extraña” (36) que con sus anécdotas fabricaba para él “un mundo absolu-

tamente novedoso donde la casa de una amiga olía a dolor de cabeza, por ejemplo, o donde un dolor de cabeza podía perfectamente saber a helado de guanábana” (36) y la hijita de ambos, Leticia, nacida en 1996, lo “habían rescatado” (256) del miedo y la soledad de su generación, y por ello quiso dejarlas fuera de la conexión azarosa, accidental o tal vez causal, con Maya Laverde Fritts y con Ricardo Laverde, para protegerlas, para preservarles la suerte de no haber padecido el miedo y la violencia por él conocida, sin sospechar que Aura también había conocido el miedo, aunque un miedo de otro tipo, el miedo a la exclusión y a la soledad.

Aura, al no hacer parte ni de las víctimas directas ni de los victimarios, es capaz de mirar objetivamente y ofrecer una perspectiva de proyección hacia el futuro. Como reflejo de la Úrsula de *Cien años de soledad*, con gran fortaleza y determinación enfrentó las consecuencias del accidente de su esposo e hizo todo para que su marido abandonara la obsesión con el pasado que estaba resquebrajando su matrimonio y preservar así el amor, la felicidad y la unidad de la familia, batalla que perdió cuando Maya Laverde irrumpió en sus vidas.

Referentes legales dentro del marco de la ficción

Es interesante señalar que el narrador, Antonio Yammara, profesor de Introducción al Derecho, quien dice de sí mismo que “aunque sabía muy poco del mundo real, el mundo teórico de los estudios jurídicos no guardaba ningún secreto para [él]” (16) comienza y termina su relato con alusiones jurídicas inscritas dentro del mundo de la literatura. En el comienzo, el narrador asienta las bases del relato en lo individual: la historia de Ricardo Laverde, a quien conoce al comenzar su brillante carrera después de recibir su título de abogado con honores con una tesis sobre “[l]a locura como eximente de responsabilidad penal en *Hamlet*”, tesis que también es propuesta desde lo individual por el candidato, y que nos enfrenta al tema de la venganza desde el punto de vista del individuo. Al final, el colectivo (la Universidad), le pide dirigir una tesis sobre “la venganza como prototipo legal en *La Ilíada*” (258).

Nuevamente, el juego dialógico se hace presente en la novela y se abre más allá de los personajes, a un cuestionamiento general. En la obra de Shakespeare, el fantasma del rey instiga a que el dolor causa-

do por la violencia individual se convierta en ira y clama a su hijo por venganza. Hamlet se debate: ¿duda?, ¿locura real?, ¿locura fingida? frente al cumplimiento o desafío de los deseos de su padre. Cuando finalmente actúa, la muerte lo salva de sufrir las consecuencias de sus actos, pero antes de morir alcanza a pedirle a su amigo Horacio que cuente la historia de lo sucedido. En oposición a Hamlet, antes de morir, Ricardo Laverde pagó con la cárcel por su error de juicio, por su crimen, y finalmente, es asesinado, en un acto de venganza, por aquellos por quienes había sacrificado su libertad.

El paralelismo con *La Ilíada* plantea como tema la reflexión sobre la venganza colectiva: la ofensa del rapto de Helena por París, hijo de Príamo, rey de Troya, a la persona de su esposo Menelao, rey de Esparta, pasa a ser una ofensa colectiva y desata una guerra de diez años provocada por la ira y alimentada por la sed de venganza. En el trasfondo de *El ruido* subyacen los diez años de otra guerra, una guerra no convencional, una guerra que no fue abiertamente declarada, pero que cobró miles de vidas: la de la lucha contra el narcotráfico.

La violencia, personal y de Estado, desencadenada en *La Ilíada* por el rapto de Elena, por el asesinato del rey en *Hamlet* y presente en *Cien años de soledad* en las masacres de las bananeras y las guerras entre liberales y conservadores, encuentra paralelo en *El ruido* en la violencia desatada por la confrontación del Estado contra los narcotraficantes y de los narcotraficantes contra el Estado y contra todos. Así, *El ruido de las cosas al caer*, a través de alusiones literarias que traspasan los géneros y las épocas, nos hace reflexionar no solamente sobre la omnipresencia de la violencia individual y colectiva en la historia de la humanidad al mostrar una historia que “ya ha sucedido antes y volverá a suceder” (15), sino también sobre nuestra parte de responsabilidad en el marco de la violencia que nos haya tocado vivir, desafiándonos a través del personaje de Maya: “Como si la inocencia existiera en este país nuestro” (247).

El juego de billar como alegoría de la vida del hombre

Nos adentra Maya Laverde al final de la novela en el mundo de mapas y coordenadas que fascinaron a su padre desde pequeño: “[l]e gustaba la rectitud repentina del trapecio amazónico, le gustaba la costa pacífica templada como un arco sin flecha” (248-49). Ese gusto por las líneas, junto a su experiencia de piloto comercial lo llevan

a los billares de la Calle 14 en La Candelaria atraído por el juego que, aunque solitario, le permitía sentirse parte de, sin serlo, “el ruido de las bolas al chocar, de las cuentas de madera en los cables, de las tizas azules al frotarse sobre las pintas de cuero viejo, todo eso constituía su vida pública” (23).

En su libro *Théorie mathématique des effets du jeu de billard* (*Teoría matemática de los efectos del juego del billar*), Gustave Coriolis nos describe las características de este juego como uno en el que se utilizan elementos tanto de la Física como de las Matemáticas. La primera se ve en la fuerza con que se mueven las bolas, las distancias entre las mismas, las causas de los movimientos y los efectos causados por el golpe de una contra otra o de estas contra las bandas; las últimas, sobre todo, en la medición visual y el cálculo de los ángulos. Como el ajedrez, es sin lugar a dudas un juego de inteligencia y de destreza.

La alegoría del billar en la novela se da tanto en la vida de los personajes como en la estructura de la novela en sí. El cálculo matemático, la precisión en la mirada, la tensión en el pulso que se precisan para el juego se le daban muy fácil a Ricardo Laverde por su habilidad natural para la cartografía, por la pericia en su profesión que le permitía esquivar los radares más sofisticados para llevar la mercadería a puerto seguro, y por su ambición personal. Ricardo jugaba a las carambolas, las que se juegan con tres bolas y consisten en golpear con la bola jugadora a las otras dos. Quien lo logra, tiene derecho a seguir jugando hasta que falle y pasa el turno a otro jugador. Hábilmente, Vásquez escoge el juego de billar y no el de ajedrez o cualquier otro para enmarcar la vida de su protagonista, y en un guiño al lector, lo hace evidente desde el comienzo: “El billar no era para él un pasatiempo, ni siquiera una competencia, sino la única forma que Laverde tenía en ese momento de estar en sociedad” (23). El joven Ricardo pensó muy fríamente en sus opciones, calculó muy bien sus jugadas y planificó su juego convencido de que iba a “hacer grandes cosas en la vida, un nieto de héroe” (156): “Yo voy a salir de esta vida mediocre, Elena Fritts. Yo no tengo miedo, yo voy a recuperar el apellido Laverde para la aviación” (156).

Su primera bola marcó su decisión de hacerse piloto comercial, “porque a un piloto como yo nunca le falta el trabajo, Elena Fritts” (173), golpe que pegó a la segunda bola: el conseguir trabajos que le dejarían mucha plata y que lo llevaron a confesarle en tres

repetidas ocasiones a Elaine: “las cosas me están yendo bien” (183). Ricardo había logrado la carambola, podía seguir jugando. En su juego todo estuvo pensado: tenía esposa, hija recién nacida, trabajo y dinero; gracias a sus cálculos, la vida le sonreía: “Yo no improviso, Elena Fritts... Todo esto me lo he pensado durante mucho tiempo. Todo está planeado hasta el último detalle” (184). Si hasta había planificado retirarse después de transportar el primer cargamento de pasta de coca, “retirarse de todo menos de su familia, millonario para siempre antes de la treintena” (209). Con lo que no contó Ricardo fue con lo imprevisto, con el factor azar que lo llevó a la cárcel, a perder lo que más quería: su familia, y eventualmente le costó la vida.

La vida de Elaine también fue una carambola fallida. El llegar a vivir a la casa de los Laverde, lo que ella consideró su “golpe de suerte”, le permitió seguir jugando y después de llegar al paraíso de una familia feliz con un esposo que la amaba y una hija a quien ambos amaban y la perfecta situación económica, la intervención de lo imprevisto la empujó al alcoholismo y finalmente a la muerte.

Desde un punto de vista más amplio, la carambola se da también en la estructura de la novela: la caza de los hipopótamos del zoológico de Pablo Escobar sirven de bola detonante y provocan el movimiento que lleva al narrador a recordar su relación con el hombre que fue Ricardo Laverde —la ambición que lo lleva a la desgracia de perder a su familia: esposa e hija, seres que al provenir de un mundo externo habían logrado salvarlo del miedo atroz que caracterizó a la gente de su generación— al ir en busca de Maya Laverde Fritts para reconectar las piezas que le permitieran entenderse y tratar de remendar los jirones de su vida. Desgraciadamente, lo destruido ya no podía ser remendado, y como en Macondo, el descifrar los manuscritos lo llevó a la condena y a la soledad. Sin embargo, cual Horacio, sobrevivió para contar su historia, y de paso, un momento en la historia de una generación y de un país.

Conclusión

No hay lugar a dudas de que la maestría de Juan Gabriel Vásquez en *El ruido de las cosas al caer* consiste en recrear un momento clave de la historia de Colombia adueñándose de una tradición literaria que abarca todos los géneros: poesía, drama, novela, y que

a través de las épocas ha planteado las preguntas eternas sobre la responsabilidad (individual y colectiva) frente a la violencia (individual y de Estado) y la actitud a asumir frente a la misma: optar por la venganza y así permanecer en el pasado o proyectarse hacia el futuro.

Otro día volvió a llamar, trató de justificar lo que había hecho papá, me dijo que en esa época todo era distinto, el mundo del tráfico de drogas, todo eso. Que todos eran unos inocentes, eso me dijo. No que *eran inocentes*, sino *unos inocentes*, no sé si da cuenta de la distancia que hay entre una cosa y la otra... Como si la inocencia existiera en este país nuestro” (247).

Sin indicar un camino, como los textos que permanecen en el tiempo, Vásquez nos pone a reflexionar sobre el tema, sin dejarnos la posibilidad de escape.

Como refracción extratextual, el reflejo de Macondo sucumbiendo a las fuerzas devastadoras de la modernidad, del capitalismo, del imperialismo bananero, y del falso progreso y sus consecuencias, se desliza en *El ruido de las cosas al caer* para señalarnos cómo el narcotráfico y la violencia por este engendradora aniquilaron el futuro de generaciones de colombianos y la proyección hacia el futuro del país. Por medio de la violencia individual y de Estado que cruza los diferentes textos a través de géneros y épocas diversas nos confronta Vásquez con esa realidad desgarradora que se ha ido pegando a la piel del individuo y del colectivo al punto que las heridas por esta causadas se muestren tan difíciles de cicatrizar.

Al igual que Aureliano Babilonia al final de *Cien años de soledad*, quien solo, encerrado, aislado de todos, descifró los pergaminos de Melquíades y se dio cuenta de que estos contenían la historia de la familia, pero organizada en un tiempo diferente al tiempo convencional de los hombres, en *El ruido de las cosas al caer*, Maya Valverde Fritts y Antonio Yammará, en el prodigio de “una soledad compartida” (241), aislados en una hacienda de La Dorada, lograron juntar los retazos que les permitieron descifrar el deambular de Ricardo —ese hombre que ambos conocieron en diferentes etapas de sus vidas— contenido, no en un tiempo diferente al de los hombres, sino en un artículo de revista que relataba un evento perteneciente a dos generaciones anteriores:

Esto es el primer regalo que le hizo mi padre a mi madre, mucho antes de que se casaran. Yo lo leo ahora y lo entiendo muy bien (111). Bueno, pues eso es este artículo de 1968 sobre un día de treinta años atrás. Mi padre se lo estaba entregando a mi madre como una guía... Una guía de Ricardo Laverde. Una guía con sus emociones, con todas las rutas marcadas, y todo. (112)

Y al escuchar juntos la grabación de la caja negra del avión 965 en cuyo accidente murió Elena Fritts, al descifrar, no del sánscrito, como Aureliano, sino del lenguaje de los pilotos encerrado en el tiempo, el narrador, Yammara, al igual que Aureliano, comienza a “profetizarse” a sí mismo, y comprende en ese momento el efecto que, como en el juego de billar, el golpe de una bola provoca sobre aquellas a las que alcanza a tocar:

¿Y mi vida? ¿No comenzó mi propia vida a precipitarse a tierra en ese mismo instante, no era aquel ruido el ruido de mi propia caída, que allí comenzó sin que yo lo supiera? ‘¿Cómo, también tú has caído del cielo?’, le pregunta el Principito al piloto que cuenta su historia, y pensé que sí, que yo también había caído del cielo, pero de mi caída no había testimonio posible, no había caja negra que pudiera consultar, ni había caja negra de la vida de Ricardo Laverde, las vidas humanas no cuentan con esos lujos tecnológicos. (248)

Efectivamente, la era estaba pariendo un corazón, y Juan Gabriel Vásquez logró recrear de forma vívida y sobrecogedora el idealismo bañado de sangre que la revistió y, a través de las reglas que definen el juego del billar, entregarnos una alegoría de la vida de la humanidad, porque “esta historia, como se advierte en los cuentos infantiles, –y como lo muestra la literatura en general, y la realidad– ‘ya ha sucedido antes y volverá a suceder’” (15).

Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland. “The Discourse of History” Trans. Stephen Bann. *Comparative Criticism: A Yearbook*. Vol. 3. Ed. E. S. Shaffer, Cambridge: Cambridge UP, 1981.
- Coriolis, Gustave. *Théorie mathématique des effets du jeu de billard*. Paris: Carilian-Goeury, 1835. Web.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española, 2007.

Homero. *La Ilíada*. España: Edimat Libros, 2005.

Saint Exupéry, Antoine. *Le petit prince*. Paris: Harcourt, 2001.

--- . *Vol de nuit*. Paris: Gallimard, 2007.

Vásquez, Juan Gabriel. *El ruido de las cosas al caer*. Chile: Alfaguara, 2011.

World Rules for Carom Billiard. Web. Consultado el 1 de agosto de 2013.

